

Semblanzas Españolas

por ALVARO DE ALBORNOZ

Castelar o la patria.

En España la revolución, tantas veces iniciada como frustrada, no tiene una tradición, una continuidad, una trabazón lógica de los hechos y de las doctrinas, una sucesión intelectual que enlace los dispersos movimientos con los orígenes en una ordenación y una integración históricas. Es como si la revolución surgiera un día para morir al otro sin dejar rastro ni huella. Es la revolución meteoro, la revolución cometa, la revolución aerolito. El revolucionario español es el revolucionario suelto, el guerrillero de la revolución, como el soldado español castizo es siempre el guerrillero, el franco-tirador; como el pensador español castizo es siempre el solitario, el autodidacta, el hombre que lo descubre todo descubriéndose a sí mismo. El revolucionario de hoy no quiere saber nada del revolucionario de ayer. Y no se da cuenta de que eso es la ineficacia, la esterilidad del revolucionario de mañana.

¿Quién fué, por ejemplo, Castelar? Nadie sabe nada, y, lo que es peor, nadie quiere saber nada. Castelar, sin embargo, fué el español más famoso del si-

glo diecinueve y uno de los hombres más famosos de Europa en su tiempo. Victor Hugo, en el pináculo de la gloria, le trataba como a un igual; Renán le solicitaba como conferenciante por encargo de los centros más ilustres; Gambetta escuchaba sus consejos; Mazzini le llamaba hermano y Garibaldi le saludaba con su espada de redentor de pueblos. La Cámara italiana, al advertir su presencia en la tribuna pública en una memorable sesión, le tributó un homenaje que fué verdaderamente una apoteosis. Todavía se encuentra uno, al recorrer las grandes ciudades de Europa, la calle de Castelar. En la América del Norte era escuchado como un profeta. Cuando el insigne orador pronunciaba uno de sus grandes discursos, los corresponsales americanos en Madrid, para no ser adelantados por otros en el telégrafo, transmitían a sus periódicos versículos de la Biblia mientras llegaban las primeras cuartillas de la Cámara.

Bien se comprende que esta reputación universal no podía corresponder sino a un hombre universal. Y lo era el gran español. Lo era por su espíritu universal, por su cultura universal, por su palabra universal. Castelar no era un orador; era el orador. No tenía el aticismo de Demóstenes ni la concisión de Cicerón; pero unía a la gracia griega y a la rotundidad latina la pompa oriental. Era, más que el orador de un pueblo, el orador de una raza. Un contemporáneo suyo que puede servir como testigo de mayor excepción, porque no era un orador, sino un escritor, el insigne Pérez Galdós, define de este modo el arte del excelso tribuno: "La crítica de éste es fácil, porque basta oírle una vez para juzgarle. No hay que examinar si tiene esta o la otra cualidad, porque las tiene todas. No hay que examinar si es más fuerte en tal o cual terreno, porque bien claramente se advier-

te que en todos ellos es por igual grande y poderoso. Subyuga con la elevación del pensamiento, embelesa con la expresión, y, por tenerlo todo, es maestro hasta en las menudencias de la polémica. Castelar recibió de la Naturaleza todas, absolutamente todas las facultades que se necesitan para conmover y persuadir por medio de la palabra humana. Es el orador por excelencia, compendio y suma de todas las variedades riquísimas del arte de hablar; sabe elevarse como nadie a alturas tales que la imaginación de sus oyentes apenas puede seguirle; sabe descender a las particularidades del análisis; sabe emplear según lo pide el desarrollo de su plan oratorio los acentos más patéticos y enlazarlos con los más familiares por transiciones cuyo secreto tiene él solo; posee la grandilocuencia, la riqueza descriptiva, la elegancia, la gracia, y lo mismo maneja el apóstrofe que el chiste''.

Y esta palabra prodigiosa obedece sobre todo a dos impulsos y responde a dos amores: España y la libertad, España como tema literario y como tragedia viva; España dolor, remordimientos, ilusión, esperanza, ideal. España entera, desde Covadonga y San Juan de la Peña, a través de los campos de Villalar, hasta Gerona y Cádiz. Todo el espíritu español: la Canción de Gesta, el Romancero, los místicos, los maestros de la novela y del teatro, los grandes pensadores políticos. Toda la Historia de España: la formación de la nacionalidad en la gran crujía de Occidente, laberinto de rutas y crisol de civilizaciones; la Reconquista, el espíritu municipal, las Cortes, el descubrimiento de América, la supremacía y la universalidad de la idea española, el repliegue al glorioso solar después de la dilatada expansión, la Independencia, las luchas por la libertad, los héroes y los

mártires de la revolución española. Toda el alma de España: el carácter, rebelde a la servidumbre; la religión, intolerante, fanática; la justicia, seca y ardiente; el arte, realista, descarnado, humano hasta la inhumanidad; la poesía, refractaria al dulce lirismo, que se refugia en las lenguas, catalana y gallega, vibrante en la trompa épica; la música, lánguida y monótona, o bélica y estridente. Todos los pueblos de España: los vascos y los andaluces, los almogávares de Oriente y los tercios de Flandes, los aragoneses y los catalanes de Italia y los castellanos de América. Todas las civilizaciones de España: la catedral, la mezquita y la sinagoga; las agujas aéreas de León y de Burgos y los arabescos de Granada y Sevilla; los doctores de Salamanca y de Alcalá y los rabíes de Córdoba y de Toledo. Todas las razas de España, las dominadoras y las vencidas y proscritas. Los moros y los judíos, arrojados de la patria, tienen un reflejo en la pompa asiática y en la cadencia africana del gran orador. Los zocos de Marruecos se hubieran estremecido al conjuro de su palabra mágica lo mismo que las muchedumbres peninsulares. Así España le dió, generosa, lo que él le había pedido al declinar su vida: "Un sepulcro honrado y bendecido, donde le pusieran de modo que pudiera besar, con sus labios, yertos y fríos, la tierra nacional".

España y la libertad. Todas las libertades: la libertad religiosa y la libertad política; la libertad civil y la libertad económica. La libertad para todos: para los obreros y para los burgueses; para los creyentes y para los ateos; para los tradicionalistas y para los revolucionarios. Para todos la libertad y la ley. Castelar es el optimismo liberal, la fe en la humanidad y en la civilización. Fué un vidente de la catástrofe de 1914 y un profeta de la unidad demo-

crática del mundo, frustrada en la Sociedad de Naciones y en marcha, en medio de los horrores de la guerra, hacia una organización superior. No podía dudar de la libertad de los pueblos quien presencié la redención de los siervos y la emancipación de los esclavos. Y no podía dudar de la patria quien la sentía vinculada a su estirpe en la inmortalidad y en la gloria.

Salmerón o la justicia.

Abolengo castizo y de reminiscencia clerical. Un Salmerón, teólogo en el Concilio de Trento. Este otro, defensor de la "Internacional" en el siglo XIX, hubiera sido en el XVI teólogo como el famoso jesuita, tal vez inquisidor, o acaso su ardiente celo religioso lo hubiera llevado a la herejía. Hay no pocos españoles insignes de nuestro tiempo que en otro más lejano hubieran podido ser igualmente una de las dos cosas: inquisidor o herejarca. En uno y en otro caso, prisioneros de lo absoluto. El Salmerón del siglo XVI rinde culto a lo absoluto profesando la Teología; el del siglo XIX, consagrándose a la Metafísica. En el primero lo absoluto está fuera; en el segundo, dentro. De lo absoluto transcendente es fácil libertarse tributándole honores divinos; de lo absoluto inmanente es tan difícil huir como de la propia conciencia. Nuestro Salmerón no podrá jamás huir de la suya. Toda su vida la arrastrará como una pesada cadena o la contemplará como un inaccesible ideal.

Es fama que a este Salmerón metafísico no podía entenderle nadie, o, al menos, costaba gran trabajo entenderlo. Los malos estudiantes le atribuían

una jerga filosófica inextricable. Los revisteros y comentaristas políticos, veían en sus discursos el misterio impenetrable de la esfinge o la respuesta oscura y equívoca del oráculo. Jamás, sin embargo, la palabra humana alcanzó más lucidez y diafanidad que cuando el profesor insigne explicaba en su aula de la Universidad Central, reducida y como claustrada, las categorías de Kant. Y en la oratoria política fué tal maestro que es preciso remontarse, para hallarle un igual, a los modelos de la elocuencia antigua. La palabra de Salmerón era limpia, tersa, esculpida. Y era, además, espontánea, sin artificio ni rebuscamiento. La palabra fluía de los labios de Salmerón como la llama brotaba de sus ojos o se erguía su dedo índice inolvidable. La diferencia entre Salmerón y otros grandes oradores, está en que, mientras algunos cultivaron los más varios géneros de oratoria, Salmerón solo se ejercitó en el aula, el estrado judicial y la tribuna política. Castelar hubiera podido hablar en el Agora, en el Areópago, en la Academia, en el Ateneo, en los Torneos de la Corte, en las fiestas de la Gaya Ciencia. Salmerón solo hubiera podido hablar en el Foro o en el Senado. En Roma hubiera sido cónsul, como Cicerón, y en los primeros siglos del Cristianismo un padre de la Iglesia. Pero no hubiera sido nunca, como los griegos de la decadencia, un profesor de Retórica.

Para ser filósofo —un filósofo de sistema— le faltaban ocios y le sobraba pasión. Salmerón es una de esas figuras de la raza que la imaginación se representa con el turbante, la sombra de un derviche bajo la Media Luna. En su tierra de Alhama, que no conoce el paraguas, se concentra el ardor del sol como un depósito de fuego. Los hombres sienten abrasadas las entrañas de amor y de odio. Es la pasión

africana que nos echa en cara la Europa culta y escéptica. Por eso Salmerón, tan lejano de Cisneros, vuelve los ojos al Africa, como si sintiera una solidaridad misteriosa o el remordimiento de una deuda sagrada. Es lo mismo que le hace a Unamuno —un vasco tallado también para inquisidor o para hereje— proclamarse africano de primera clase antes que confesarse europeo de quinta. Es el grito de Alarcón —otro moro rezagado— al pisar el continente africano en la guerra santa, como se llama siempre a la guerra fratricida. Lo que es en Castelar —africanismo de Ateneo— un tema literario, y en Costa una elucubración de su ciencia geográfica, es en Salmerón, el profeta, herencia y atavismo cuajados en el temperamento.

La pasión africana es, sin duda, lo que explica la terrible idea de la justicia española. La justicia española parece cruel porque es la justicia absoluta. No es un inquisidor fanático, es Cervantes, soldado andariego y hombre de mundo, familiarizado con todos los dolores y todas las miserias de la vida, quien pone en boca de Don Quijote este consejo inhumano a Sancho, que se dispone a partir para el gobierno de su ínsula: “No hagan en ti mas mella las lágrimas del pobre que las razones del rico”. Es la justicia sobrehumana, la justicia divina. Imposible comprender la Inquisición, que no es más bárbara ni más cruel que los procedimientos con que se desembarazaba de sus enemigos Enrique VIII de Inglaterra, sin este concepto de la justicia teológica. Gracias al escape de la picaresca, el furor teológico no ha concluido con la raza. Pero cuando el furor teológico y su secuela el fanatismo de la limpieza de sangre se van extinguiendo, otra veta castiza, que se halla próxima a la de la pasión, la del orgullo, comienza a resquebrajarse. La

pasión va purificándose de conceptos y prejuicios y acercándose a la humanidad. El orgullo que ya no alimenta el fanatismo, se hace sentimiento de la dignidad humana. La pasión nativa se convierte en un nuevo objetivo intelectual y sentimental: la igualdad. Y la idea española alcanza así la fórmula suprema de la justicia.

Salmerón encarna mejor que nadie, quizás por su profunda vocación jurídica, esta idea española de la igualdad. Por eso comprende mejor que todos los hombres de su tiempo el nuevo movimiento social. Cuando los estadistas más ilustres de Europa sólo ven en la “Internacional” falanges de asesinos que llevan el puñal en una mano y en la otra la tea incendiaria, Salmerón, todavía un mozo, saluda en ella las nuevas ideas de Libertad y de Justicia. En el Parlamento español no son solo los conservadores —un Cánovas, un Rios Rosas, un Moreno Nieto— los que oponen a la naciente asociación la reprobación y el anatema. Tampoco la izquierda comprende. Muchos de aquellos liberales veían en el comunismo algo que se identificaba con la barbarie primitiva. El propio Castelar abominaba del “comunismo asiático”, que personificaba en Bakunin, del cual hacía, con su magnífica elocuencia, una pintura entre grotesca y maravillosa. Y fué en aquella Cámara donde Salmerón pronunció, en medio del asombro de los viejos parlamentarios, el famoso discurso que hizo inmortal su nombre. Según el novel parlamentario, la “Internacional”, con todas sus “abominaciones”, a pesar del comunismo, representaba el “Derecho nuevo”. Y lo que había que hacer en frente de la nueva realidad social no era fulminar anatemas, sino crear un nuevo instrumento jurídico que fuese preparando “el organismo de la igualdad”.

Lo que le hace a Salmerón comprender es la pasión de la justicia. Sólo la justicia como sentimiento puede llevar a la justicia como idea. Por eso Salmerón fué, entre todos los tribunos de la libertad, el vindicador de los perseguidos, de los atropellados, de los condenados por la ley injusta. Y entre los más altos y nobles ejemplos de la elocuencia española figurarán siempre los apóstrofes del gran orador contra los desmanes del Poder y los abusos de la fuerza.

Pí y Margall o la libertad

Salmerón es “el hombre de pasión africana”; Pí y Margall, “el hombre de hielo”. Lo que en el uno es fuego, es en el otro luz. Pí y Margall no habla nunca entre relámpagos y truenos, desde un Sinaí revolucionario; es el orador tranquilo, persuasivo, ordenado, metódico. Aspira siempre a convencer; nunca a arrebatarse. Es dueño de sí hasta la imperturbabilidad. Las mayores tormentas de su espíritu no se rebelan ni en la más leve contracción de los músculos, ni en la menor alteración de la voz. En medio de los escándalos parlamentarios que él provoca permanece impassible, como un espectador indiferente. Los adversarios se indignan ante este paladín que no se descompone nunca, inaccesible al agravio, invulnerable a la injuria. Pero Pí es así. Y así como se defiende con una resistencia glacial, ataca sin el más ligero temblor. Se diría una exigencia de la dignidad filosófica, que unos toman por mansedumbre y otros por cinismo. Las palabras de Pí no penetran ni desgarran como proyectiles; caen frías y suaves como copos. Hay en ellas, acaso, demasiada lucidez, demasiada transparencia, demasia-

da facilidad. ¿No ocultarán alguna asechanza, no conducirán a alguna emboscada? Se siente el temor de extraviarse en un camino tan expedito, tan liso y tan llano.

Pí y Margall pertenece a la generación europea del 48. Es un militante de la extrema izquierda hegeliana, como Bruno Bauer, como Feuerbach, como Strauss, como Proudhon. Como ellos es capaz de las negaciones más radicales y de las afirmaciones más audaces. Ante todo, es necesario negar, destruir; luego será afirmar y reconstruir. Así lo exige la dialéctica del maestro. “Todo es contradictorio en el mundo; todo debe a la contradicción su vida. Es contradictorio el hecho, contradictoria la idea y contradictoria ha de ser, por consiguiente, la manera de ser de nuestras facultades. ¿Concebimos algo? Vemos primero su tesis, su lado positivo; más tarde su antítesis, su lado negativo, y, sólo después de otro tiempo dado, su síntesis, síntesis que dará a su vez lugar a otra información y a otra negación”. Es demasiado para los que buscan la certidumbre en “El Criterio” de Balmes. Imaginad el escándalo de aquel Madrid —el Madrid de Narváez— todavía un lugarón manchego, intelectualmente poco más que un villorrio. Y en aquella España de los seminarios en plena putrefacción escolástica, donde toda la esgrima dialéctica se reduce al silogismo y donde nadie siente las angustias y las torturas de Lamennais.

1848 es en Europa una divisoria. Hay todavía revolucionarios de la Gran Revolución, republicanos a la griega y a la romana, eternos admiradores de Plutarco. Hay todavía jacobinos, lectores rezagados de Rousseau que aun creen en “El Contrato Social”. Pero un nuevo personaje ha irrumpido en la escena y va a ser el protagonista del drama: el pro-

letariado. 1848 es una cumbre histórica. A un lado, aguas vertientes al pasado, todo el doctrinarismo—Odilón, Barrot, Roger-Collard, Benjamín Constant—; todo el socialismo utópico, que ha llegado a producir con los discípulos de Fourier una floración mística; toda la corriente romántica, que aun llena las jornadas de Febrero de confusión sentimental. A otro lado, aguas vertientes al futuro, el socialismo de Marx y Engels, el comunismo de Bakunin, el anarquismo, a un tiempo individualista y socialista, de Proudhom. Pí y Margall, que no es socialista ni comunista, admira sobre todo a éste último. “Proudhom, con su lógica inflexible, ha hecho dar más pasos en la economía que todos los socialistas juntos con sus arranques de imaginación y de humanitarismo”. Acaso estas palabras están escritas pensando en el socialismo utópico. Pero no siente el pensador español más inclinación por el socialismo de Marx y de Engels.

Primera y radicalísima negación de Pí, la de la soberanía colectiva. La soberanía nacional, la soberanía del pueblo, son una ficción, un fantasma. No hay más soberano que el individuo. ‘El hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su Dios, su todo’. El hombre, que lo reúne todo, es el único soberano. Y entre dos o más soberanos no caben sino pactos. Autoridad y soberanía son contradictorias. A la base social autoridad es preciso sustituir la base social contrato. La constitución de una sociedad sin poder es la verdadera aspiración revolucionaria. Si el hombre, es individuo, es soberano, es libre, y su libertad no puede ser condicional, sino absoluta. Aun dentro de la sociedad, la libertad es incondicional, irreductible. La libertad es la voluntad independiente de toda ley externa. No ca-

be, pues, ni legislar sobre ella, como no cabe legislar sobre los demás derechos naturales.

No llega Pí a deducir, en el orden práctico, todas las consecuencias de su doctrina. El gobierno es, aunque pasajero, una necesidad. La soberanía del pueblo es inadmisibles como principio, pero se la puede admitir como medio indispensable para acabar con la mixtificación del poder. Es, por otra parte, legítima mientras haya intereses generales a que deba atender la colectividad. Pero, ya que de momento no sea posible prescindir del poder, hay que dividirlo, subdividirlo y movilizarlo hasta llegar a su destrucción. Los gobiernos son un azote, por ahora inevitable; solo producen la opresión y servidumbre de los gobernados, su intervención es siempre perniciosa; hasta su protección es funesta. Por eso es menester reducirlos todo lo posible hasta llegar a su supresión. En un proyecto de organización del gobierno, reduce Pí los ministerios a tres: el de Estado, el de Gobernación y el de Hacienda. Y aun a estos tres les deja la menor competencia y jurisdicción posibles.

La misma idea del pacto que sirve de fundamento a la comunidad política más simple ha de ser base de las más amplias y vastas sociedades nacionales. A la luz de este principio examina Pí nuestra historia y concluye: “La unidad, si acalla por una parte las pequeñas guerras, esteriliza por otra los gérmenes que la mano de Dios ha sembrado en cada comarca y en cada pueblo; la diversidad, al paso que difunde la vida por todo el campo de los más vastos países, los ocasiona a las pequeñas guerras. La unidad en la variedad ha de remediar los males de una y otra; organicemos el reino sobre la base de una federación republicana. Hemos pasado ya por la tesis y la an-

títesis; creemos ya la síntesis. La reclaman imperiosamente el mismo estado actual de las provincias que ayer fueron naciones, la topografía del país y los intereses de la libertad". Pí y Margall desarrolla estas ideas, expuestas en 1854 en "Reacción y Revolución", en el más conocido de sus libros, "Las Nacionalidades", publicado en 1877. Este libro examina y refuta los diversos criterios que han sido invocados para la formación de los grandes Estados nacionales, la identidad de lengua, las fronteras naturales, el criterio histórico, el de la raza, el equilibrio europeo, y llega a la conclusión de que la consecuencia de todo esto no es más que un estado permanente de fuerza, siendo el pacto lo único que permite a los pueblos agruparse según sus afinidades verdaderas y sus intereses auténticos.

... La libertad es, pues, la idea fundamental de Pí: La libertad absoluta, sin restricciones. En tanto no pueda ser alcanzada hay que ir afirmando y realizando las libertades particulares. A las que suelen consagrar las "Declaraciones de Derechos" añade Pí otras nuevas, y de todas deduce las consecuencias últimas. Hasta el delincuente, mientras no es juzgado y condenado, tiene derecho a la libertad, sin perjuicio de las debidas garantías sociales. Sólo debería ser preso en el caso de ser sorprendido en flagrante delito y la sentencia absolutoria debería ir acompañada de la más pública y solemne de las reparaciones.

Y hay en el gran liberal tal armonía entre el corazón y la cabeza, entre los principios y la conducta, que ni el peso del gobierno ni la responsabilidad del glorioso magisterio que ejerce desde "El Nuevo Régimen" —lo mejor, quizás, de su obra— le hacen retroceder ni vacilar ante las consecuencias lógicas de

sus ideas. En plena República, a la cabeza del banco azul, se niega a tratar como enemigos a sus correligionarios alzados en armas. Y ante la guerra de Cuba, arremete, ya anciano, contra el tópico belicoso, y pide para los rebeldes primero la autonomía y después la independencia. Todo el furor de la plebe lo mismo aristocrática que democrática, se vuelve contra el apóstol que pone a Maceo y Rizal por encima de los opresores y corruptores de su patria.

En materia social es Pí igualmente un revolucionario. Afirma la propiedad, pero niega la renta. Acepta la idea proudhoniana de la igualdad en la retribución del trabajo, ya que todas las funciones son igualmente sociales. Aspira a transformar el régimen económico por medio del impuesto, un impuesto único sobre el capital, y, sobre todo, por medio del crédito gratuito. El Banco ideado a tal efecto por Proudhom le parece una de las mejores glorias del autor de la "Filosofía de la Miseria" y la más bella y legítima esperanza de los pueblos.

Pero la idea más fecunda de Pí en materia social y económica es la función que atribuye a las asociaciones obreras. Presiente en ellas la clave, no ya de la futura organización económica, sino de la futura organización política. Entrevé la posible disolución del gobierno en el seno del organismo económico. Es, por tanto, un precursor del sindicalismo.

El pensamiento político español no produjo nunca nada más opuesto a las concepciones totalitarias actuales que las ideas de Pí y Margall. Son la negación, no ya de todo despotismo, de toda dictadura, sino casi la negación del Estado. El Estado de Pí y Margall es el Estado mínimo; al releer hoy al insigne pensador catalán —y aun clásico del idioma castellano— nos parece que hay, tal vez, en su sistema demasiada

claridad, demasiada lógica, demasiada simetría. La sociedad, es, sin duda, más vasta, más compleja, y el Estado, centro de todos los antagonismos, un nudo de fuerzas centrípetas y centrífugas. Pero entre las rectas trazadas por Pí —con aquel pulso inalterable aun en medio de la fiebre— se señalan algunas firmes y seguras directrices. En todo caso, preciso es reconocer que el sistema pimargaliano se acomoda por su sencillez fácilmente al individualismo español, y que tras ese frío racionalismo —la máscara de imperturbabilidad del maestro— asoma el fuego de la rebeldía española.

Costa a la revolución española.

Español por los cuatro costados. Y aragonés. Se diría tallado en un bloque de ese Pirineo central que él tanto amaba. Era un dechado de todas las virtudes y de todos los defectos de la raza. Tenía un patriotismo ardiente, una voluntad heroica, un sentimiento inflamado de la justicia. Y era áspero, violento, terco como aquel Dn. Pedro Abarca de Bolea que inmortalizó el título de conde de Aranda, rebelde, arbitrario. Era desproporcionado, contradictorio, paradójico, desbordante como Goya. Todas las excelsas cualidades aragonesas, la profundidad de pensamiento de un Gracián, la dignidad del Justicia, la cortesía exquisita del prócer, se daban en él. Y al mismo tiempo rebullían en su corazón los rencores y los odios de la plebe de Zaragoza, inquieta y turbulenta. Su palabra genial, que se remontaba a las más elevadas concepciones políticas y era capaz de servir los más altos intereses del Estado, evocaba a la vez asonadas y motines, revueltas y agitacio-

nes del espíritu popular... Así apareció a los unos como un gobernante, a los otros como un perturbador, a las muchedumbres como un profeta.

Hay en la vida de Costa dos épocas; la primera, apenas conocida del común de las gentes. En ella el tribuno de mañana no se ha encontrado aun con las multitudes. Es el trabajador de gabinete, el opositor de cátedras —que, por cierto, no gana porque la injusticia oficial se las roba—, el maestro en derecho civil, el estudioso de las instituciones y costumbres populares, el cultivador silencioso de la economía y de la historia. Se hunde en las bibliotecas entre montones de libros o rebusca en los archivos entre legajos en que el pasado duerme. Es el investigador, el erudito, el sabio, el polígrafo; un Menéndez y Pelayo del derecho y de la política. No desdeña en los ocios del verano, departir con los labriegos; pero su tono es entonces el docto y magistral, no el subversivo y revolucionario. Es el Costa de la “Sociedad Geográfica”, a la que ofrece luminosos informes; el Costa de la “Liga Africanista”, a muchas lenguas de pensar en el abandono de Marruecos. En el pensamiento de Costa rebosa el optimismo de todos los liberales de la época. Cuando se produce el incidente de las Carolinas con Alemania no solo escribe un magnífico alegato en defensa de nuestro derecho, sino que participa del fervor patriótico de la muchedumbre. Y ante el Africa sumida en la barbarie Costa piensa, como Castelar y como Salmerón, que una deuda sagrada y una misión histórica indeclinable ligan a nuestra suerte la de aquellas desventuradas tribus. Todavía no ha llegado la hora de maldecir del testamento de Isabel la Católica ni de echar doble llave al sepulcro del Cid.

El desastre del 98 es en la vida de Costa la hora fatal. Es como el hundimiento del castillo de naines de la ilusión. Se diría el trágico despertar de un sueño de grandeza. Costa descubre de pronto todo lo que hay de atraso y de injusticia en nuestra vida; todo lo que hay de miseria y de dolor en nuestro espíritu. Y surge el tribuno, por no decir el profeta, ya que proféticos son sus trenos y sus lamentaciones. Estalla la voz colérica, iracunda, del antes tranquilo y pacífico investigador del folk-lore y del derecho consuetudinario. Y viene todo aquello de los oligarcas y de los caciques, los gomosos de la acera de las Calatravas y los niños góticos del Parlamento; todo aquello de las lanas y de las palomas sin hiel, de los pueblos que no saben odiar ni maldecir. Lo que ahora escuchan los labriegos es que las hoces sirven para algo más que para segar mieses. Los apóstrofes suceden a los apóstrofes y las imprecaciones a las imprecaciones. Es el Costa del informe sobre la escuadra, que ha olvidado a Carvajal y al Marqués de la Ensenada, sus ídolos de otro tiempo; del informe contra la ley del terrorismo, que entierra con los últimos acentos de su elocuencia. Es el Costa que la gente conoce y las muchedumbres aplauden, ya que no le sigan en su rebeldía.

Ni que decir tiene que no es esto —como tampoco aquello de la europeización— lo mejor de Costa, aunque sea lo más dramático y lo más espectacular. Lo mejor de Costa, lo **imperecedero**, es su inmensa cultura española. Una cultura auténtica, no de esas de segunda mano, improvisadas en los índices y en los catálogos. Una cultura viva, formada tanto como entre los libros entre los hombres, tanto como en las aulas y en las bibliotecas en las majadas y en las gañanías. Una cultura entrañable y cordial, forjada

tanto al calor del corazón como a la fría luz de la cabeza. Una cultura popular, como todo lo que es verdaderamente científico, cuajada en las andanzas y en los hallazgos, en los redaños de la tierra y en los recovecos de la lengua. Una cultura de manantial, de veta profunda y castiza. Ahondando en ella se encuentra el glorioso trabajador de la segunda mitad del siglo XIX con aquellos del último tercio del siglo XVIII que comienzan a abrir la galería por el lado opuesto. Es el filón del saber castizo, la veta honda y casi virgen de la revolución española.

Y esto es lo que aporta Costa al viejo republicanismo, que se ha ido convirtiendo, al alejarse de los orígenes revolucionarios, en un doctrinarismo más; en la abstracción que ha culminado en el reformismo, plantel de profesores que hubieran sido unos gobernantes ideales en un Estado sin población y sin territorio. Aquellos programas se habían ido vaciando y endureciendo en la sequedad de la democracia formal. Aquel Estado que imaginaban algunos republicanos sólo tenía paredes maestras. Una fachada, el parlamentarismo británico; otra, el anti clericalismo a la francesa. Todavía los últimos modelos, Waldeck-Rousseau y Combes. Costa quiso echar en los odres viejos vino nuevo. El vino rancio de nuestras cepas, de menos "bouquet", pero de más grados. Eso era la política de "calzón corto", y aquella política hidráulica que tuvo la mala fortuna de ir a parar a las manos del plagio y de la caricatura.

El error de Costa fué creer en el milagro, que a tanto equivalía su "escultor de pueblos". Buscaba atrás, en un Guillermo el Taciturno y en un Colbert, lo que los nuevos tiempos sólo podían plasmar en una colectividad libre. No ya resucitaba el "despotismo ilustrado", sino que retrocedía hasta evocar el tau-

maturgo. Creía en la extinguida raza de los salvadores. Esperaba de la coacción lo que solo puede obtenerse de la libertad. Su "Cirujano de hierro" era una peligrosa sugestión de curanderismo. Fomentaba así el mesianismo, que era preciso destruir, y alzaprímaba el caudillaje. Y sembraba, con la ilusión del redentor, los gérmenes de una nueva pasión estéril.

Los últimos días de Costa fueron de una suprema tristeza. Sus ojos, al mirar hacia dentro, veían juntos el fracaso y la muerte. La agonía de la patria era su agonía; la parálisis que le tenía postrado era la impotencia de España. Tal vez fuera para él la dolorosa confusión un amargo consuelo. Nos place, aún a los más pequeños, pensar que somos el centro del mundo, y que cuando nosotros nos vamos se concluye todo. Pero nosotros nos vamos y el mundo se queda. Costa se fué y España quedó. Quedó enriquecida con sus ideas y con su ejemplo, con todo lo que hay en su obra de permanente. Y es ello de tal valor que sólo incorporándolo a su corriente podrá llegar a tener algún día un sentido nacional y revolución española. Un sentido nacional, es decir: realidad y eficacia. Las abstracciones sociales son tan infecundas como las políticas. Y más perturbadoras.